

**E**N 1977 la Academia Alfonso X el Sabio sacó a la luz el libro de memorias de Luis Garay *Una época de Murcia*, obra que llevaba el subtítulo de *Mi vida hasta los 58 años y otros escritos*. Después de 1977, que nosotros sepamos, no ha vuelto a realizarse una nueva edición de estas páginas de Garay, sin duda necesarias para conocer esa otra faceta suya, la estrictamente literaria, un tanto al margen de la pintura, labor por la que es más conocido este personaje murciano cuya biografía transcurre entre 1893 y 1956.

La obra a la que nos referimos fue prologada, con el cuidado, el rigor, la gracia y la lucidez propias de su pluma, por Francisco Alemán Sainz.

Garay, como apunta Alemán Sainz en los prolegómenos del libro, por su fecha de nacimiento y también por sus ideas estéticas, pertenecía a ese grupo de artistas murcianos formados, entre otros, por Joaquín García, José Planes, Pedro Flores, Almela Costa y Ramón Gaya, el más joven de todos ellos.

Buena parte de estas memorias de Luis Garay fueron leídas por el propio artista en una pequeña reunión celebrada, al amparo de la “Cátedra Saavedra Fajardo”—inaugurada en febrero de 1953— “en el atardecer de un 14 de marzo de 1953”. El propio Alemán Sainz recuerda en este prólogo el regocijo de los asistentes y el “reconocimiento de un escritor con una intensa capacidad expresiva”.

La obra de Garay se compone de cuatro partes. En la primera, que da título al libro, hallamos la parcela más puramente biográfica. De ella hemos extraído el texto que hoy presentamos y en el que se pueden observar esos rasgos que definen el estilo de Luis Garay: su concisión, su prosa fres-

ca y sugerente, soltura sintáctica, su humor, etc. Las otras tres partes llevan al frente los siguientes títulos: “Los toreros” (con pasajes dedicados a Juan Ruiz, Lagartija; Ricardo Torres, Bombita, y Domingo Ortega), “Otros escritos” (con textos sobre don Pedro Boluda, Goya y Gutiérrez Solana, entre otros), y “Álbum de retratos”, lo que supone, en este último caso, todo un tributo y sincero homenaje a los amigos del propio artista como Jorge Guillén, José Ballester, Juan Guerrero Ruiz, Carlos Ruiz Funes y el propio Francisco Alemán Sainz.

No carecen de interés, asimismo, las llamadas “Notas antes del principio”; apenas cuatro páginas con las que Garay quiso expresar su idea personal de la literatura y la siempre polémica relación de esta materia con la pintura.

En las primeras líneas, Garay declara no reconocerse como buen escritor. “Me gusta cultivar la literatura —expresa a continuación— como pasatiempo, a mi modo.

Escribo lo mismo que pinto, por la misma causa que lo hacen quienes pintan o escriben, por obediencia a un mandato que se llama inclinación”.

Luis Garay confiesa que, al menos en su caso, “pintura y literatura vienen a ser lo mismo”. Si bien, al final de estas “Notas”, afina mucho más su juicio puntualizando que “aunque es arte la pintura, no obliga a que el pintor en todo caso sea un artista. No es así el literato que, bueno o malo, es siempre creador. El pintor no expone ideas sino sensaciones, de ello quizá procede la frecuencia con que los pintores somos bastantes escorpiones en nuestro juicio sobre la pintura, que nos expresemos sin matiz y que la frase se produzca al claroscuro”.

Luis Garay —y concluimos así nuestra nota preliminar a su texto— merece, indis-

cutiblemente, ser incluido entre los más destacados escritores murcianos, al margen de sus reconocidos méritos pictóricos. Formaría parte así de esa interesante nómina de artistas murcianos —junto a Ramón Gaya, Muñoz Barberán, Asensio Sáez y Fulgencio Saura Mira, entre otros— que han sabido conjugar, con igual maestría, con igual talento y dignidad, la pintura y la literatura.

### MI MODO DE HABLAR

No me mueve ningún deseo de zaherir, pero la verdad debe decirse cuando es necesario y en este caso, para mí, es imprescindible. Se trata de mi modo de hablar basto, de mi prosodia. Yo hablo mal, y este hablar mal es residuo del pueblo de Abarán aferrado a mi pronunciación. ¡Qué mal se hablaba en Abarán en el tiempo que yo vivía allí! El sonido era aullante, basta la dicción, la interjección fácil. Las eses finales no se pronunciaban nunca, se prescindía de la “de” cuando recaía en la última sílaba, se decía **muada** por **muda**, **adió** en lugar de **adiós** o el artículo **él** se transformaba en **er**.

Pasé malos ratos cuando llegué al referido pueblo. Mi acento que tenía musicalidad murciana, que también deja mucho que desear, era objeto de burla por parte de los chiquillos, cosa que yo tenía más en cuenta que la aprobación, escasa, de algunas personas sensatas y procuraba transformar mi dicción murciana suprimiendo muchas más letras que en Abarán se suprimían, y hubiese sido capaz de imitar la fonética de cualquier perro, si éstos hablasen, con tal de haber merecido la aprobación de los chiquillos y evitarme ser objeto de mofa.

En Abarán y en la huerta de Murcia, vemos tipos completamente de traza árabe,



*Procesiones en figuritas de barro...*

anchos de esqueleto, barba poblada hasta las mejillas, andando a zancadas. Otros, revejidos, de tez amarilla, barbilampiños como algunos sayones de cierto paso de Salzillo. Esta supervivencia mora es muy frecuente en Abarán y de ello procede la costumbre de las casas cerradas, las puertas pequeñas y la pronunciación imperfecta, formando contraste con la visión alegre que ofrece el río frutal y la huerta fragante, evidente claroscuro entre el pueblo y la vega.

Cuando yo vivía allí, oí referir un cuento que quiero relatar sin que tenga mucha relación con el tema de estas notas:

“Caminaba por la carretera un habitante de Abarán, cuando le sorprendió una tormenta y un pedrisco imponente. Despa-

vorido y sin encontrar refugio, corría implorando la protección divina diciendo: “Señor, no tires que soy de Blanca”. En esto, encuentra una alcantarilla y, cuando estaba seguro y a salvo, asomó la cabeza y mirando hacia arriba exclamó: “Eh, soy de Abarán y más Abarán; y tira, perro”. En tal universidad aprendí mis principios filológicos y se formó el acento de mi dicción. Después, cuando a los cuatro años me trasladé a Murcia, tuve que repetir la misma lucha pretendiendo corregirme.

Mi cortedad y encogimiento espiritual cambió coincidiendo con el cambio de escuela. Ingresé en la de don Antonio “el Pioto”, así se le nombraba en todo Abarán al maestro don Antonio Yelo. Don Antonio todavía vive y le guardo verdadero y merecido afecto.

Era en aquellos años un hombre fornido, de una extraordinaria vitalidad. Usaba barba y peinado como don Amadeo de Saboya, al cual se parecía.

La escuela era alegre y limpia. Por los balcones entraba un paisaje que yo miraba todos los días. El sistema de enseñanza era a viva voz, por medio de preguntas y ejemplos en la pizarra. Las lecciones se repasaban contándolas en conjunto, sistema que me era grato. No puedo señalar predilección por tal asignatura, me gustaban todas y en cierto modo todas me eran asequibles, a ninguna le encontraba aridez. En aquella escuela todo me resultaba simpático: asistía con gusto a las clases, en ellas empecé a crear amistades y el pueblo me fue pareciendo más alegre.

Mi memoria bien desarrollada me permitía aprender las lecciones con pocos repases y empleaba en dibujar las horas destinadas al estudio. Dibujaba asuntos de toros y copias de las estampas del chocolate representando escenas de la guerra ruso-

japonesa que mis condiscípulos me quitaban de las manos pagándomelas a cinco céntimos la docena. Era un incipiente pintor mimado por la fortuna en el alba de su vida artística. Y ahora me pregunto ¿qué le hice yo para que me abandonase sin darme ninguna explicación y jamás haya querido después nada conmigo? También es cierto que yo me he portado mal con ella y nunca la he buscado.

A pesar de mis pocos años, estaba encargado de repararles las lecciones a los alumnos de la clase sexta que era la más adelantada y los alumnos bastante torpes, pero ello no implica para que después algunos hayan conseguido hacer fortuna con negocios de frutas y conservas. Es justo hacer notar que no tendría razón si me considerase desfavorecido, también yo he logrado reunir un capital de sentido artístico cultivando los negocios que cultivaron Velázquez o Cervantes, Rosales, Cezanne o Nonell.

Mis amigos delegaban en mí como organizador de nuestros juegos. Organizábamos corridas de toros en la plaza de toros del pueblo usando cornamentas pintadas de almagra, negro y blanco como bisontes de las cavernas. Procesiones con figuritas de barro que hacíamos desfilar por las calles con cortejo de nazarenos. En la Feria corríamos, unos cuantos nada más, las vacas y novillos que el empresario nos soltaba en el redondel a cambio de que le llevásemos hierba antes de la corridas. Sin jactancia diré que nunca tuve miedo, que los desafiaba bastante cerca y que me libré de una cogida debido a mi agilidad y destreza para saltar la barrera. Aquello tuvo el epílogo de una paliza propinada por mi padre.

*José Belmonte Serrano*  
Universidad de Murcia